

ANA FORNER

Miles de  
emociones  
con nuestro  
nombre



Miles de emociones 2

booker

**Ana Forner**

Miles de emociones  
con nuestro nombre

*Miles de emociones, 2*



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia

© Ana Forner, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.529-2024

ISBN: 978-84-08-29026-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

*Valentina. La Rioja*

—¿Nos vamos, papá? —le pregunto, observando mis maletas frente a la puerta de la entrada de casa y recordando, durante unos fugaces instantes, el día de mi llegada, hace apenas un par de semanas.

La voz de mi padre, cargada de un sinfín de matices; su abrazo; el té pijo que me preparó Casi; Trueno... y él, él... que me llamó mientras yo volaba a través de los viñedos; él... que me propuso retomar nuestra amistad; él... que hizo que miles de emociones se instalaran en mi pecho, revoloteando llenas de vida en mi interior; él... que se rindió y que me llevó al cielo con su rendición; él... que me bajó de ese cielo, como la rama que suelta la hoja y la deja caer al suelo...; él, él, él... de quien ni siquiera puedo mencionar su nombre en mis recuerdos... él, el culpable de que me duela hasta respirar.

—Vámonos —me dice mi padre, devolviéndome al presente con su voz, mientras siento mi garganta cerrada por la añoranza.

—Ay, hija, cuánto te voy a extrañar. Hace nada que llegaste y ya estás marchándote —me dedica Casi, abrazándome.

me—. Ten cabeza, no hagas tonterías, ¡¡¡come!!!, y pisa el mundo bien pisado —añade, consiguiendo que este nudo que tengo formado en la garganta me apriete un poco más.

—Te lo prometo, Casi —musito, echándolo ya todo de menos, empezando a llorar—. Odio las despedidas —les digo, secando mis lágrimas.

—Yo también. ¡Mira, vete ya!, ¡que a este paso terminaremos llorando las dos como plañideras! —exclama con brío y los ojos llorosos.

—Venga, hija, vamos —susurra mi padre, cogiendo mis maletas para cargarlas en su coche.

Con la emoción copando cada célula de mi ser, contemplo mi casa por última vez, las vigas de madera del techo, el suelo de barro cocido, el mueble de la entrada, repleto de fotografías nuestras, y la suave luz del amanecer..., la que se filtra entre las cortinas y la que aquel día me dio la bienvenida mientras que hoy parece despedirse de mí, aquí, en mi casa, en mi hogar y en mi pequeño trocito de mundo, donde me siento a salvo y donde he sido más feliz y, a la vez, he sufrido más que en ningún otro sitio; aquí... donde mi madre y mi abuelo iniciaron ese viaje sin regreso llamado *eternidad* y donde lo encontré a él, donde me enamoré y donde viví lo que posiblemente no vuelva a vivir...

—Vamos, cariño —me apremia mi padre desde fuera, cerrando el capó del maletero.

—Hasta luego, Casi, y recuerda lo que te dije —le recalco, dándole un último abrazo.

—Recuérdalo tú también —me pide, correspondiendo a mi abrazo.

—Me has dicho muchas cosas, Casi —le indico, intentando bromear, zafándome de sus brazos.

—Como te dé una colleja, verás qué pronto lo recuerdas —me rebate, sonriéndome con cariño—. ¡Hala, vete ya!, y no tardes en regresar.

—No lo haré. Hasta luego —musito saliendo finalmente de mi casa, sintiendo que dejo una parte de mí en ella.

Durante el camino hacia el aeropuerto de Logroño, me despido en silencio de la cordillera Cantábrica, esa que forma parte de mis recuerdos, de estos mares interminables de viñedos, que son como una extensión de mi alma, y de este silencio que echaré tanto en falta en Nueva York..., pero también me despido de él, de ÉL en mayúscula, de él y de todo lo que sentí a su lado y que echo de menos sin necesidad de estar al otro lado del Atlántico.

«Siempre voy a quererte», le digo en silencio, viéndolo a través de mis recuerdos. «Siempre voy a preguntarme cómo hubiera sido nuestra vida si no me hubieras dejado», prosigo sintiendo el latido de la tristeza incrementarse en mi garganta. «Y siempre serás mi todo, aunque ahora sea incapaz de pronunciar tu nombre y no tenga muy claro si te odio o solo me has decepcionado», le confieso sintiendo mis ojos llenarse de lágrimas, percatándome de que me fui la primera vez odiándolo y vuelvo a marcharme con un sentimiento bastante similar sentado a mi lado, reconozco con dolor, viendo sus ojos mirándome con seriedad a través de este mar de recuerdos que, como las vides, se extienden frente a mí y, sumida en mi mutismo, le doy permiso a mi mente para nadar en ellos, para sumergirse y salir a la superficie, para escuchar nuestras risas y vernos de nuevo en ese pasado que ahora solo son recuerdos.

—Hemos llegado, ¿lista? —me pregunta mi padre, y me vuelvo hacia la ventana, viendo, sorprendida, que, en efecto, ya estamos aquí...

«Vaya, pues sí que me había evadido», pienso con tristeza.

—Lista —musito, bajándome del vehículo—. Papá,

detesto las despedidas y ya está siendo suficientemente difícil, no hace falta que me acompañes dentro —le comento, secándome las lágrimas—. Mierda, parezco nueva en todo esto —mascullo, molesta conmigo misma.

—Una vez te dije que las lágrimas son solo el recordatorio de que algo no funciona como debería, pero también son algo más: son la forma que tiene el corazón de expresar lo que siente. Piénsalo, hija... Tú nunca habías llorado por tener que marcharte; al contrario, estabas deseando hacerlo, y que llores ahora, cuando, como bien dices, no es algo nuevo para ti, me tiene preocupado.

—Supongo que Nueva York me impone —susurro, maldiciéndome por dentro.

«Ya está bien, joder, ¡ya está bien!», me advierto con firmeza.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Cómo? ¿A dónde? —inquiero, sin entenderlo.

—A Madrid, a Nueva York, a donde vayas —me responde con seguridad.

—No, papá, ¡a santo de qué! Tú tienes tu vida aquí, ¿qué harías en Norteamérica? —le pregunto, descartándolo en el acto.

—Cuidar de mi hija. Dímelo, Valentina... Si me dices que quieres que vaya contigo, voy —afirma con seriedad, mirándome a los ojos, y, durante unos escasos segundos, estoy tentada de pedirle que me lleve a casa; no que venga conmigo, sino que me lleve a mí con él.

—Quiero que te vayas a casa y que no te preocupes por nada. Llevo dos días malos, pero, cuando regrese a mi rutina, se me pasará, ya lo verás.

—Como prefieras, pero deberías pensar por qué llevas dos días malos —me rebate, yendo hacia el maletero para sacar mi equipaje.

—Tonterías mías, no me hagas caso —replico, inten-

tando sonreír y ayudándolo con las maletas—. Me voy; venga, dame un superabrazo de padre.

—Ven aquí —murmura, rodeando mi cuerpo con sus brazos—. Llámame cuando llegues, ¿vale? —me pide, y, durante unos segundos, absorbo sus miles de matices, esos que van ligados a esta tierra y a todo lo que late en ella... y también en mí.

—Vale. Te quiero, papá —le digo cerrando los ojos, con el sentimiento de añoranza rasgándome por dentro con su punta afilada.

—Yo también, hija —me responde con gravedad.

Alejándome de sus brazos y aferrando las maletas con fuerza, empiezo a andar hacia ese nuevo futuro que me espera, con la sensación de querer escapar de él.

—¡Nos vemos pronto, papá! ¡Te llamaré! —le digo, haciendo a un lado esa inquietud que ha llegado de repente, volviéndome para mirarlo por última vez.

En cuanto subo al avión que me llevará a Madrid, me obligo a cambiar el chip de una vez. Soy Valentina Domínguez, soy modelo y voy a triunfar en Nueva York, no hay más.

\* \* \*

Con ese mantra bien aprendido llego a la Gran Manzana tras una corta estancia en Madrid en la que he aprovechado para zanjar unos trabajos que tenía pendientes, para despedirme de mis amigos y de la poca familia que tengo allí, para callejear y para decirme miles de cosas que, en el fondo, no han terminado de convencerme.

—Pues nada, aquí estoy... Ahora sí que no hay vuelta atrás —musito en la terminal de llegadas, aferrando con fuerza el carrito con mis maletas, sintiendo el nerviosismo acelerar esta cosa mecánica que late dentro de mí... y es que, aunque no lo reconozca en voz alta, estoy muerta de

miedo ante lo que me espera. «Todo irá bien, ya verás», me animo mientras busco un cartelito con mi nombre y, cuando al final lo localizo, respiro con alivio dirigiéndome hacia él—. Buenos días, soy Valentina Domínguez —me presento al portador de este, mirándolo con atención.

Tendrá unos veinticinco o treinta años a lo sumo, va vestido todo de negro, lleva el pelo revuelto como si terminara de pasar sus dedos por él y su chispeante mirada me recuerda la de un niño que acaba de hacer una travesura.

—Bienvenida a Nueva York. Me llamo Tom, trabajo en la agencia y soy el encargado de mostrártelo todo. Permítame que te ayude —me dice con amabilidad, haciéndose con mi equipaje.

—Muchas gracias —murmuro, agradecida.

—¿Has estado alguna vez aquí? —me pregunta con simpatía, dirigiéndose hacia la salida.

—No, hasta ahora me había centrado más en el mercado europeo —le respondo, observándolo todo con atención.

—Pues mucha suerte en el norteamericano —me desea, sonriéndome con afabilidad una vez alcanzamos el exterior, y le devuelvo la sonrisa mientras él va cargando las maletas en la pequeña furgoneta.

—Gracias —musito, sintiendo mi corazón empezar a latir frenético, en consonancia con el latir de la ciudad.

—Vivirás en un piso de modelos; creo que en total sois seis —me cuenta una vez en el vehículo, incorporándose a la circulación—. Lo tienen hecho un caos, te lo advierto para que no te asustes; ayer fui a llevar a otra chica y aluciné —me confiesa medio sonriendo.

—Genial —mascullo, pues sé de sobra lo que es vivir en un piso de modelos.

—De todas formas, por allí paráis poco —añade, intentando darme ánimos, mientras procuro mentalizarme de que voy a vivir en una pocilga.

—Sí, ya lo sé —le respondo, soltando luego todo el aire de golpe, contemplando el paisaje que pasa fugaz por la ventana y enamorándome al instante—. Vaya... —susurro mientras él conduce con fluidez, adentrándose en Manhattan—, vaya... —susurro de nuevo, sin poder despegar la mirada de los altos rascacielos que se alzan interminables frente a mí, tan distintos a las casas de piedra de sillería de La Rioja, a los edificios de la romántica París o a los de Roma y Milán, cargados de historia... Sí, definitivamente esto es otro mundo completamente distinto al que yo he conocido hasta ahora.

—Este es el edificio Puck —me explica Tom, señalándome un inmueble rojizo—. ¿Ves ese angelito de ahí? —me plantea, y detengo la mirada en el ángel dorado ubicado en una esquina de la fachada—. Lo pusieron en honor a Puck, de *Sueño de una noche de verano*.

—Me encantó esa película —le confirmo, admirándolo.

—Pues el libro es aún mejor; léelo, te lo recomiendo —me aconseja, guiñándome un ojo—. Aunque tengan el piso hecho un desastre, estoy seguro de que te gustará vivir en Nolita. Es un barrio con mucha personalidad y cuenta con una gran variedad de restaurantes y tiendas; si te gusta la comida mexicana, no puedes perderte La esquina, o The Corner; solo por ver el establecimiento, ya merece la pena... Fue un local clandestino durante la ley seca —me aclara mientras a mí me faltan ojos para verlo todo— y ahora es un sitio peculiar, donde se comen los mejores tacos y enchiladas de toda la ciudad, pero lo mejor de vivir aquí es perderse por sus calles sin saber si terminarás en el SoHo o en Chinatown —añade, estacionando el coche.

—¿Hemos llegado? —inquiero al ver que nos detenemos, sintiendo la emoción empezando a despertar en mi interior.

—Así es —me responde, saliendo y yendo hacia el maletero para empezar a sacar mi equipaje.

—Vaya, pues creo que, al final, vas a tener razón y me gustará vivir aquí, aunque el piso esté hecho un desastre —comento, deteniendo mi mirada en un enorme grafiti que cubre toda una pared.

—El *street art* está muy presente en este barrio —me cuenta mientras observo todo lo que me rodea; los edificios de ladrillo visto, los escaparates de las tiendas y las múltiples cafeterías y restaurantes que parecen estar presentes por todas partes—. Sígueme —me indica mientras acelero mis pasos para ayudarlo con las maletas—. Es aquí —me informa, subiendo los escalones de un edificio de ladrillo visto, como todos los de esta calle—. ¿Qué hay, Harry? —le pregunta con afabilidad a un hombre de color que está sentado en uno de ellos, fumándose un cigarrillo o, más bien, dejando que se consuma entre sus dedos.

—Como siempre, viendo la vida pasar —le contesta con voz ronca mientras contemplo las escaleras de incendio de la fachada, tan típicas de esta metrópoli.

—Buenos días, Harry —lo saludo finalmente, siguiendo a Tom al interior del edificio.

—Harry es neoyorquino de pura cepa y hace años fue miembro de un grupo de jazz; tocaba el saxo —me detalla Tom, dirigiéndose hacia el ascensor.

—¿Y acostumbra a estar ahí sentado? —indago, con curiosidad, a la vez que el ascensor va marcando los pisos por los que va pasando.

—Con la llegada del buen tiempo, Harry toma su asiento en los escalones, con su eterno cigarro entre los dedos, para, como él dice, ver la vida pasar. Es como un confesor... Sinceramente, creo que todos los inquilinos de este inmueble, en algún momento, han terminado sentados a su lado, compartiendo un cigarrillo con él y contándole su historia.

—¿Tú lo conoces?

—Hemos compartido algún pitillo, con alguna confianza de por medio, cuando he venido a recoger a alguna modelo y no ha estado lista. Vamos, hemos llegado —me confirma cuando las puertas del ascensor se abren en el cuarto piso—. Adelante —me señala, abriendo la puerta de un apartamento y haciéndose a un lado para que entre.

—Lo que imaginaba —susurro deteniendo la mirada en la pequeña cocina integrada en el salón, repleta de todo... «¡Joder, no hay un puñetero espacio libre en la encimera!», pienso mientras aparece una chica asiática del interior de una habitación—. Hola, soy Valentina —la saludo sonriendo mientras ella me presta unos escasos segundos de su tiempo.

—Hana —me responde a la vez que dirige de nuevo su mirada al móvil para, casi al instante, marcharse con prisas.

—Pues encantada —suelto, flipada—. Qué chica más maja, ¿no? —le comento con ironía a Tom, que me mira encogiéndose de hombros.

—Como acabas de comprobar, aquí cada una va a la suya, ya te darás cuenta —me aclara, llevando mis maletas a una habitación con tres camas y que es otra pocilga.

—Madre mía... —musito observando la ropa tirada por las camas deshechas, los zapatos mezclados por el suelo y tanto desorden junto que me es imposible reconocer ciertas cosas que asoman por debajo de otras.

—No te agobies... Venga, vamos a la agencia y luego ya desharás el equipaje —me indica mientras me asomo a uno de los baños.

«Oh, Dios mío...»

—Sí, mejor vámonos —farfullo, sintiendo cómo la emoción que había sentido antes se evapora ante lo que voy viendo, pues es peor de lo que imaginaba.

—Tienes un gimnasio a la vuelta de la esquina, al que puedes ir siempre que quieras, porque tienen un acuerdo firmado con la agencia; está abierto las veinticuatro horas del día —me comenta mientras salimos a la calle de nuevo—. Hasta luego, Harry —se despide, bajando los escalones con celeridad.

—Hasta luego, Harry —le digo yo también mientras él mueve la cabeza y hace un chasquido con la lengua a modo de despedida.

—Mira, este es el gimnasio que te comentaba —prosigue Tom, caminando con rapidez, mezclándose entre la gente—. Puedes hacer boxeo, pilates, yoga, máquinas e incluso tener entrenador personal si lo necesitas. ¿Eres muy de machacarte? —me plantea, volviéndose para mirarme durante unos segundos para, seguidamente, posar de nuevo la vista al frente.

—¿La verdad? —le pregunto, colocándome a su lado. Maldita sea, ¡qué rápido camina!

—Claro.

—No suelo ir, odio hacer deporte —le confieso, y él me observa como si me hubieran salido dos cabezas—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada... ya te enterarás tú solita —me dice, dirigiéndose hacia la furgoneta—. Vamos.

Conduce con la misma velocidad con la que camina y, antes de que me dé cuenta, estamos entrando en un parking en la Quinta Avenida.

—Hemos llegado —me confirma tras aparcar.

—¿La agencia está en la Quinta Avenida? —inquiero, dándome mentalmente una colleja de las de Casi por no haberme fijado antes en la dirección.

—Por supuesto —me contesta, como si fuera lo más normal del mundo.

—Es verdad, no lo recordaba —le miento, colocándome a su lado—. Oye, ¿siempre caminas tan rápido? —le

pregunto mientras nos dirigimos a toda prisa hacia el ascensor.

—¿Lo hago? —me plantea, sorprendido.

—Lo haces —sentencio con una sonrisa una vez que estamos en el elevador.

—Supongo que aquí todos andamos así y tú también terminarás haciéndolo —responde antes de que se abran las puertas y todo enmudezca para mí.

«Top on Top Management Inc.» aparece grabado en letras plateadas en la pared que hay detrás del mostrador... Los sofás blancos, la recepción minimalista, el enorme jarrón de flores, el ventanal, del suelo al techo, desde el que se divisa una panorámica increíble de Nueva York y una inmensa televisión de plasma que muestra imágenes de las modelos que representan me deja sin habla durante los escasos segundos en los que me percató de que voy a formar parte de todo esto.

—Valentina... ¡vamos! —me apremia Tom antes de ponerse a hablar con la chica que hay tras la recepción—. Te estaré esperando aquí cuando acabes —me informa cuando llego hasta él.

—¿Para qué?

—Porque mi curro consiste en acompañarte y mostrarte la ciudad durante tu primer día; no en plan turista, pero sí para que sepas cómo moverte por aquí. Mañana ya estarás tú sola, pero, para cualquier problema que te surja, siempre tendrás a tu *booker*. Mira, por ahí viene —me comunica, consiguiendo que me dé media vuelta, en dirección al repiqueteo de unos tacones.

—¿Valentina Domínguez? —me formula la mujer que está acercándose con decisión hasta donde estamos nosotros—. Encantada; soy Catherine, pero puedes llamarme Cat —me dice ofreciéndome su mano, que acepto con una sonrisa, mientras la estudio con atención; tendrá unos cincuenta años, lleva la melena oscura y ondulante

suelta, va vestida toda de negro, como Tom y como la chica de la recepción, y la fuerza con la que sostiene mi mano y la determinación con la que me mira me lleva a pensar que es una persona decidida e implacable que no se rinde fácilmente.

—Acompáñame —me pide, y la sigo hasta un despacho—. ¿Qué tal está siendo tu primer día en Nueva York? ¿Ya has ido al apartamento?

—Sí, hemos estado allí un momento antes de venir aquí, para que dejara las maletas —le digo, sentándome en la silla que me señala, evitando hacer comentario alguno sobre el estado asqueroso del mismo, mientras ella se sienta tras su mesa, delante del enorme ventanal que hay a sus espaldas y que me muestra otra perspectiva increíble de esta metrópoli.

Disimuladamente, lo observo todo: el cuadro en blanco y negro de una mujer desnuda que hay en una de las paredes, los muebles blancos y minimalistas, como los que hay en la recepción, y el pequeño *bouquet* de rosas rojas situado sobre su mesa.

—Tengo tus polaroids y tus datos, pero, aun así, me gustaría confirmar tus medidas, ¿te parece? —me plantea, y asiento—. Te enviaré por correo electrónico un listado de los fotógrafos que deberás visitar para el *go and see*; ya sabes que se trata justo de eso, de ir para que te vean, te presentes y les entregues tu *composite*. Sobra decir que intentes ser simpática y caerles bien.

—Por supuesto.

—Mañana empiezas con los *castings*. Le he pedido a Margot, mi secretaria, que te los envíe por *e-mail*. Ahí encontrarás indicadas las direcciones y el horario, así que sé puntual —me ordena, mirándome fijamente—. Esta agencia es muy respetada en el mundo de la moda y no acepto escándalos de ningún tipo por parte de mis chicas. Quiero que seas profesional, y serlo implica sonreír, aun-

que los tacones te estén matando; decir que todo está bien, aunque estés cansadísima y lleves horas esperando muerta de frío en ropa interior; mostrar tu mejor cara cuando te llamen a las doce de la noche para hacer un *fitting*, y dar lo mejor de ti continuamente, ¿lo entiendes? Si quieres trabajar aquí, vas a tener que estar *available* las veinticuatro horas del día.

»Cuando te llamen para hacer un *casting*, no me importará que te hayas tomado unos días libres o que tengas un compromiso familiar o que estés en la otra punta de la ciudad... Si tienes que volar, vuelas, pero vas y lo haces, porque, como rechaces ir dos veces a un *casting*, rescindiré tu contrato en el acto y, te advierto, una modelo que no factura no tiene cabida en Nueva York —me indica, consiguiendo que enmudezca todavía más—. Y, por supuesto, aprende a reconocer los límites cuando llegues a un *shooting*: no es lo habitual, pero, de vez en cuando, hay fotógrafos que tienden a propasarse y, cuando eso suceda, quiero que me llames, ¿está claro? No quiero llegar al punto de tener problemas con las firmas que representes.

—Sí, por supuesto —musito, incapaz de decir nada más.

—Continuamente llegan *new faces* a la Gran Manzana; chicas como tú, con ganas de comerse el mundo, pero no todas son capaces de aguantar este ritmo frenético y, al final, muchas terminan desistiendo y regresando a sus países, donde erróneamente las llaman *top* por el mero hecho de haber estado trabajando aquí. Déjame decirte lo que es una *top*: una *top* no es solamente una modelo, es una superviviente, es la mejor y la que es capaz de hacer un *shooting* con cuarenta de fiebre sin que se le note; una *top* es aquella que es capaz de quitarle el taxi a otra persona porque llega tarde a un desfile, y la que dice que todo está genial aunque no pueda más... y, si tú quieres ser una de ellas y quieres que los diseñadores más importantes se te

rifen, vas a tener que estar dispuesta a trabajar duro y tragarte muchas lágrimas, vas a tener que saber saltar cuando tus propias compañeras te hagan la zancadilla, y hacerlo con estilo y sonriendo, porque, como se te note, estás jodida, ¿lo tienes claro? —me pregunta mientras la escucho, como antes, en completo silencio, asimilando el torrente de palabras que está soltándome—. Solemos promocionar a nuestras nuevas chicas, sobre todo al principio, así que mañana por la noche asistirás a una fiesta con Bella Maschell. No hace falta que te diga que espero que seas educada y sonrías todo el tiempo, ¿está claro? —me plantea, y asiento de nuevo, sintiéndome como una niña pequeña que está recibiendo una buena reprimenda—. Un taxi pasará a recogeros a las dos; por *e-mail* te enviaremos toda la información —prosigue mientras por dentro, y a pesar de todo el sermón, estoy dando saltos de alegría, ¡con Bella Maschell! ¡Oh, Dios míoooo!

»¿Alguna duda? —indaga, clavando su implacable mirada sobre la mía.

—Muchas, pero ya iré preguntándotelas poco a poco —le respondo sonriendo, me temo que de forma forzada. ¡Maldita sea, esta mujer me impone mucho!

—Este es mi número personal; no tengo horarios, así que puedes llamarme sea la hora que sea, ¿está claro?

—Sí —le contesto, viendo cómo se levanta y la imito.

—Sígueme, vamos a tomarte las medidas —me ordena, saliendo de su despacho para dirigirse a una pequeña habitación.

—Hola —saludo a las dos mujeres que se encuentran en ella.

—Ella es Margot —me la presenta Cat, guardando sus manos en los bolsillos de sus pantalones—, y ella, Poppy. Desnúdate y quédate en ropa interior —me pide, y veo cómo Margot, cinta métrica en mano, se acerca a mí mientras la tal Poppy coge una tablet y la imita.

Y, aunque sé que es lo habitual, me incomoda un poco este proceso, sobre todo cuando llevo horas con la misma ropa. «Si llego a saberlo, me hubiera duchado antes», me fustigo, desprendiéndome de las prendas.

—¿Cuál es tu objetivo? —me pregunta Cat, mientras observa cómo Margot va midiendo mi contorno de pecho, cintura y caderas, y Poppy lo va anotando en la tablet, en la que deduzco será mi ficha.

Puesto que es mi *booker* y la persona que tiene que luchar por mis intereses, decido sincerarme con ella.

—Quiero ser un ángel —le digo, refiriéndome a las modelos que representan a la firma Victoria's Secret y que no deben pasar los *castings* previos al desfile.

—Sube a la báscula —me pide Cat con seriedad, y obedezco para que ella compruebe mi peso.

—Sonríeme —me pide Margot una vez me bajo de ella—, bueno —le indica a Poppy, que procede a marcarlo en mi ficha—. Muéstrame tus manos... menos bueno, tiene ese dedo torcido —le dice como si yo no estuviera delante—. Brazos, bueno... Piernas, bueno... —prosigue tras mirarlas desde todos los ángulos—. Tobillos, bueno... Pies, regular, ¿eso es un callo? —inquire, mirándome como si acabara de ver una aberración.

—No, es la forma de mi dedo —le respondo, sonrojándome.

—Regular —sentencia mientras soy testigo de cómo van valorando cada parte de mi cuerpo.

—Hemos terminado —le informa Margot a Cat cuando todas las partes de mi anatomía han sido valoradas en la escala de bueno, menos bueno y regular.

—Vístete y regresa a mi despacho —me ordena, antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

Me visto con celeridad haciendo a un lado esa sensación que me asalta a veces de sentirme un trozo de carne a la venta. «Déjate de tonterías. Eres modelo, si no te eva-

lúan el físico, a ver qué van a evaluarte», me riño, intentando tranquilizarme, pues los buenos han superado por goleada a los menos buenos o a los regulares.

—Hasta luego —me despido de Margot y Poppy antes de abandonar la estancia, acelerando mis pasos para llegar cuanto antes al despacho de Cat.

Llamo a la puerta y, cuando me autoriza a entrar, lo hago. «¡Qué miedito me da esta mujer, Señor!», me digo, sentándome de nuevo en la silla que había ocupado antes.

—Voy a ser sincera contigo como espero que tú lo seas conmigo —empieza a hablar, con esa seriedad que parece no abandonarla nunca, mientras yo veo, expectante, cómo apoya sus antebrazos sobre la mesa, a la vez que siento mi boca completamente seca—. Como no pierdas al menos cinco kilos y tonifiques ese cuerpo, no esperes ser un ángel ni trabajar para ciertas firmas —me suelta, ante mi mirada sorprendida—. Métete esto en la cabeza: nunca se está lo suficientemente delgada; de hecho, estoy segura de que nunca has desfilado para Yves Saint Laurent, ¿estoy en lo cierto? —me pregunta, y asiento en silencio, sintiendo que mi carrera, al menos hasta ahora, ha sido un juego de niños al que todo el mundo podría jugar y que en la actualidad estoy en otra liga, una muy muy chungu—. Y, si quieres que te representemos, no puedes limitarte solo a ciertas firmas, tienes que llegar a todas, y todos los diseñadores tienen que desear tenerte entre sus filas.

»Mira, Valentina, ser modelo en Nueva York es completamente distinto a serlo en otra ciudad y, como no estés dispuesta a luchar como una leona, no vas a despuntar y menos todavía a ser un ángel; ese privilegio está reservado a muy pocas y a esos *castings* llegan chicas de todas partes del planeta —me informa, mirándome fijamente—. Al desfile de este año ya no llegas, porque los *castings* empezaron en agosto, pero puedes intentarlo para el próxi-

mo... si sigues aquí —matiza, enarcando una ceja—. Tienes todo un año para perder peso y para fortalecer ese cuerpo. No quiero desanimarte, pero tampoco quiero mentirte, y tú misma te darás cuenta cuando vayas a los *castings* y veas a niñas de dieciséis años con una treinta y cuatro llevárselo calentito, mientras que a ti no dejarán de rechazarte.

—Una treinta y cuatro —musito con un hilo de voz.

—Exacto. Muchas de ellas están en esa talla porque son delgadas por naturaleza, pero me temo que no es tu caso, así que vas a tener que trabajar muy duro para ponerte a su altura... y no lo hagas haciendo tonterías: tienes que comer sano y cuidarte, de lo contrario tampoco lo conseguirás —me advierte, hundiéndome en la miseria más absoluta—. Otra cosa: a partir del momento en el que firmes el contrato, tu físico es nuestro; no puedes tatuarte, ponerte *piercings*, cortarte el pelo, tintarlo o modificarlo si no es con nuestro previo consentimiento... Es más, si en un determinado momento creemos que lo más acertado para ti es cortarte el pelo, raparlo o tintarlo de dos tonos distintos, tú no tendrás nada que objetar, ¿está claro? Seremos nosotros los que decidiremos por ti, por supuesto siempre velando por tus intereses —declara mientras voy asimilando sus palabras, rezando para que no les dé por hacer nada de eso.

—Está bien —susurro finalmente.

—Este es tu contrato, pero solo te permito que lo firmes si te comprometes a perder esos cinco kilos y a poner tu cuerpo en forma —me remarca, sosteniéndome la mirada.

—Por supuesto que me comprometo a hacerlo —le indico con decisión, cogiendo el contrato y viendo tanta letra pequeña junta que necesitaría todo un día entero para poder leerla y entenderla, y, sinceramente, después de un vuelo interminable en el que apenas he dormido y

el día que llevo a mis espaldas, lo que menos me apetece es hacerlo... «Total, voy a firmarlo de todas maneras ¿qué más da lo que ponga?», me digo, estampando mi rúbrica en él—. Firmado. Y, ahora, ¿qué?

—Ahora Tom va a mostrarte cómo moverte por la ciudad y mañana ya empezarás en serio. Tienes muchos *castings* programados, y debes alternarlos con los *go and see*, con las fiestas y con las cenas, cuya información iremos enviándote, para promocionarte, sin olvidar tus sesiones de gimnasio, que han de ser diarias; nada de un día o dos a la semana.

—Perfecto —farfulto, tragando con dificultad. ¿Todos los días?

«Si mi Casi llega a oír a Cat, le da un buen par de sopapos fijo», me digo casi visualizando la escena y frenándome para no sonreír.

—Todo dicho, entonces. Bienvenida a Top on Top Management.

—Gracias —contesto, levantándome y sonriendo finalmente.

El resto del día lo paso con Tom, aprendiendo todo lo que debo saber sobre esta ciudad que parece tener su propio latido. Con él me entero de cosas tan básicas como dónde puedo comer en plan muy muy económico, dónde hay lavanderías, dónde hay supermercados y todos los puntos de interés a los que tendré que recurrir en algún momento; en definitiva, cómo moverme y sobrevivir en esta jungla de asfalto que parece absorberte, sin que te des cuenta, con cada una de sus palpitaciones.

Llego a mi nueva casa más muerta que viva, con la horrible sensación de que, posiblemente, esto me quede demasiado grande, y, cuando pongo los pies en ella, termino de hundirme en la miseria, pues mis compañeras apenas me prestan atención, demasiado ocupadas como están en arreglarse para salir o en ojear su móvil tiradas en

la cama o en el sofá y, al final, cansada de sonreír e intentar ser simpática, opto por pasar de ellas de la misma forma en que ellas están haciendo conmigo.

Me ducho obligándome a no mirar la ropa que hay esparcida por el suelo, obligándome a no hacer caso de los pelos que hay por la ducha y obligándome a no reconocer el nudo que tengo formado en la garganta.

—¿Quién se ha comido mi yogur? —oigo que alguien suelta a voz en grito mientras, ya en pijama y sentada en mi cama, estoy abriendo mi correo—. Pregunto que ¡¡¡¿quién se ha comido mi yogur?!!! —«La Virgen, ni que se hubieran comido la nevera entera», pienso para mí, pasando de ella mientras casi enloquece—. ¡Quien lo haya hecho es una perra! —«Suerte que me he comprado agua», me digo, echándole un vistazo a la botella que tengo a mi lado. ¡Como para ir pidiendo un sorbito! Me muerden, vaya.

Pasando del jaleo que se está originando en el salón, me centro en lo mío, pues paso de líos ya el primer día, y, tras comprobar los *castings* a los que tendré que asistir mañana, llamo a mi padre y a mi hermana para contarles cómo me ha ido mi primer día aquí, edulcorando un poco, o más bien mucho, la situación.

Estoy triste... Echo de menos mi casa, echo de menos a mi familia, mi vida en Madrid y a él y lo que hemos vivido juntos, pienso, consciente de que no debería hacer lo que estoy haciendo y pasando de mí porque me da igual y porque necesito recordar todo lo bonito que vivimos para olvidar lo que estoy viviendo ahora... «Mi sueño, ¡qué chorrada!», mascullo mentalmente con desprecio. Mi sueño era él y lo que tuvimos; mi sueño era el cielo donde él me llevaba con una sonrisa o con una mirada, era esa llama que él prendía con un solo roce y era caminar por donde él caminara con nuestros meñiques enlazados.

Mi sueño era lo que tuve y lo que perdí, como esa hoja

que se arrastra por el suelo y mira con añoranza esa rama que la sostenía... Yo soy esa hoja que nunca volverá a ver nada desde lo alto de esa rama, porque mi lugar ahora es esto, es la moda y es Nueva York.

Tras ponerme los auriculares y cubrirme la cabeza con la colcha para ocultar las lágrimas y evitar que la luz, que mis queridas y adorables compañeras todavía mantienen encendida, me moleste, busco en Spotify *Hard Rain*, concretamente *Diamonds*, y más tarde *Terra Titanic* y todas esas canciones que traen, con sus letras y su música, imágenes y recuerdos nuestros a los que aferrarme, esas canciones que me recuerdan la que nosotros escribimos y que no puedo buscar en Spotify ni en YouTube, porque solo suena cuando estamos juntos..., medito, liberando mis lágrimas de la triple cerradura que las mantenía presas. Con ellas, con mis recuerdos y con sus ojos mirándome fijamente a través de estos, me duermo finalmente en esta ciudad que late con un ritmo propio, que va en discordancia con mi latido.